

terroristas que destruyeron la República de Weimar fueron los nazis, culminando en el incendio del Reichstag, pero para la gran derecha fueron siempre los socialdemócratas y sus intentos revolucionarios: precisamente los que fundaron el partido que preside el señor Brandt. Asimilando aquellos asesinos a éstos, el señor Brandt se zafa de cualquier acusación de izquierdista —no lo conseguirá, porque la derecha no acepta estos matices— y al mismo tiempo viene a asimilar la ingenua República de Weimar al conglomerado industrial-capitalista-militar-americano que es la República Federal. Pero queda en pie la idea universal: es la democracia la que está amenazada, y la democracia se representa y personifica en quienes tienen tomado el poder. Oigamos el eco de esta argumentación en España cuando Ruiz Gallardón escribe en "ABC", comentando el enfrentamiento de dos manifestaciones en San Sebastián, que "se sospecha, con fundamento corroborado por los hechos, que detrás de todo ello no existe un deseo de libre expresión democrática, sino ganas de crear incidentes y producir climas prebelicosos". Estos defensores de la democracia no temen al mismo tiempo caer en la contradicción de acusar precisamente a la democracia de ser terreno fácil para estos hechos. "La pudibundez democrática degenera en que el mal producido por la tolerancia..." (Ruiz Gallardón). "La gran preocupación que tenemos por el deterioro del orden público (...) que puede afectar gravemente a lo que todos deseamos, una convivencia democrática" (Fraga Iribarne).

En Alemania Federal, la incitación hacia formas de dictadura larvada u oculta para defender la democracia es aún más expresiva. No faltan las peticiones para el restablecimiento de la pena de muerte, y la incitación a un estado de denuncia: "Es preciso que los ciudadanos comuniquen a la Policía hasta sus menores sospechas. Como el combate contra los terroristas es un combate contra todos nosotros, nadie debe rehuir el enfrentamiento contra los asesinos y sus simpatizantes" ("General Anzeiger", liberal, de Bonn). Las denuncias por sospechas, la alusión a simpatizantes, recuerdan demasiado al estado nazi y a sus paralelos posteriores, a la época de McCarthy en los Estados Unidos, a algunos aspectos de la guerra fría en Europa. "Los alemanes reaccionan ante el terrorismo con una sensibilidad policíaca antes que con una sensibilidad política", escribe Richard Liscia en el "Quotidien de Paris" y añade este párrafo que podría ser una lección para todos: "Puesto que se quiere meter la democracia en Alemania,

la mejor defensa sería el recurso a las reglas democráticas contra la subversión; rechazando con vigor la tentación fascista abatirán el terrorismo; desmintiendo a esos desesperados pondrán fin a su última esperanza". "El gusto por la ley y el orden se ha convertido en agresivo, y en todo momento se arriesga a volcar la frágil barrera psicológica que la socialdemocracia opone aun al desbordamiento del autoritarismo y de la arbitrariedad policíaca" ("Le Matin"). Para "L'Humanité" (comunista) todo procede de la tolerancia del Gobierno federal para con los nazis: "Acoge al criminal de guerra Kappler con los brazos abiertos, pero persigue a los comunistas y a los demócratas y les expulsa de la función pública. De la ausencia de perspectivas nace la desesperación. Y las acciones criminales y suicidas que resultan de ello no pueden aprovechar evidentemente más que a aquellos que sueñan con imponer un poder aún más autoritario, con cerrar un poco más las tuercas que limitan las libertades democráticas". Desde Londres, un periódico conservador y siempre didáctico da también sus consejos de moderación, al interrogarse acerca del "grado de liberalismo que hay que sacrificar para exterminar a los terroristas". "Sería preferible por el momento intentar contener la amenaza actual utilizando la legislación en vigor, mejor que adoptando a toda prisa leyes que podrían, después, ser utilizadas para fines menos deseables".

El problema no es sólo alemán, no es sólo de este tiempo. Es una dialéctica continua entre formas de violencia, formas de presión, formas de una política que llamamos extrema, o extremista, pero que desgraciadamente es más frecuente y más habitual. El sueño terrorista es eterno: combatir con unos cuantos actos violentos la injusticia de la sociedad. Horst Mahler, que fue un teórico de la RAF, lo explicaba con unas palabras que se vienen repitiendo a lo largo de la Historia: "Unas docenas de combatientes, que actúan con firmeza y no discuten interminablemente, pueden cambiar fundamentalmente la escena política". No hay grandes precedentes en la Historia de que haya sido así. Los hay, por el contrario, de que este tipo de acciones haya provocado reacciones mucho más fuertes. A menos que el terrorismo no sea más que una avanzada de un poder que necesita pretextos para tomar posesión. Fue fácil mantener el desorden en los últimos tiempos de la República Española, para luego intervenir en el sentido de reprimir ese desorden, y mantener la leyenda de que la República no supo mantener la ley y el orden. ■

MEMORIA RECOBRADA

CREO que no sería justo el que la muerte hace unas semanas de Carmen Orozco Muñoz, en un hospital valenciano, pasara inadvertida. A fuerza de querer limar históricas asperezas, de intentar calmar a esas oscuras fuerzas con eso de que la izquierda olvida, a las nuevas generaciones de españoles les va a ser difícil conocer en toda su intensidad la represión franquista. En unas ocasiones la llamada estrategia política y en otras una especie de vergüenza colectiva nacida tras tantos años de deformación histórica, presionan para que no se hable demasiado de la guerra civil y de las represiones subsiguientes. Y, sin embargo, sólo podrán alcanzarse niveles democráticos bondadosos si somos capaces de informar exhaustivamente de lo que representó el horror y el terror franquistas. Carmen Orozco es un ejemplo modesto, pero clave de nuestra resistencia.

Carmen Orozco procedía de una familia de la pequeña burguesía valenciana que, prácticamente, ha ofrecido, de una u otra forma, todos sus miembros a la causa republicana. Estudió en el religioso Loreto para después obtener el grado de maestra nacional. Es sobre todo en el inicio de la guerra civil cuando adquiere conciencia política activa e ingresa en el PCE, destacando pronto por sus dotes organizativas en la agrupación de mujeres antifascistas. Poco antes de finalizar la guerra se casa con Fernando Huerta, antiguo militante socialista y vinculado a ella familiarmente. Ambos, a los pocos días de entrar las tropas de Franco en Valencia, comienzan a reorganizar el PCE y en la red de la que era responsable Quifiones, acusado más tarde de traidor, pero fusilado por los franquistas, intensifican sus quehaceres clandestinos. A finales de 1939 Carmen y Fernando son detenidos, así como el resto de la organización y no sólo en Valencia. Carmen está embarazada, pero sin embargo es torturada ferozmente y sufre el tormento de la "máscara antigás", que resiste pese a su incipiente y gravísima dolencia cardíaca. En uno de aquellos brutales interrogatorios, en el célebre local franquista de la calle de Sorní, Fernando intenta suicidarse con un vidrio y es abatido a tiros delante de su mujer. Carmen sigue viviendo y ya en la prisión da a luz una niña.

Al cabo de mucho tiempo logra salir de la cárcel y muy pronto vuelve a la lucha clandestina. Esta vez su trabajo es en Madrid y en La Coruña, y en esta ocasión es el inolvidable médico José Bartrina, luego muerto en la prisión de Burgos, quien se responsabiliza del trabajo político de ella. En Galicia, con multicopistas y relaciones con la guerrilla, caen ambos en manos del terrorismo franquista. Nuevas vejaciones y unas terribles condenas. En muchas prisiones de Franco, Carmen sigue organizando a las mujeres, continúa su combate. Así durante trece años, que hay que sumar a los anteriores. Cuando se libera ya es otra mujer, ahora más empuñada, debilitada, destruida. Pero, como siempre, obligada con su pasado, apasionadamente organiza colectas para los presos, va de hospital en hospital visitando antiguas compañeras de prisión, sigue militando en el PCE. Lleva a cuestas una tan dramática existencia que, en ocasiones, limita su comprensión ante actitudes y tácticas y sus connotaciones viscerales giran alrededor de esas palabras, para ella indestructibles, que significan "pureza" y "lealtad".

Hace unas semanas muchos comunistas han rodeado en el cementerio valenciano aquel cuerpo que ya sólo era pavesa. Una de las más antiguas comunistas de Valencia leyó, en nombre de todos, una despedida. Y las flores rojas y las estrofas de "La Internacional" cerraron el último capítulo de una vida abnegada, terriblemente abnegada.

Malraux, en cierta ocasión, confesó que "somos compañeros de lo irremediable". Carmen, cuando franqueó el umbral de la lucha política, no podía ser consciente de lo doloroso que iba a ser para ella y para tantos. Tal vez por ello siempre vivió con lo irremediable.

■ R. M. S.